



Desde

8

años



LA LIGA DE LOS ESPANTOS EL ORIGEN

OLIVIA VERA

ILUSTRACIONES DE GUSTAVO ORTEGA

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta
Ilustraciones de interior y de cubierta: Gustavo Ortega

© 2018, Olivia Vera

© 2018, Editorial Planeta Colombiana S. A.
Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-6996-6

ISBN 10: 958-42-6996-8

Primera impresión: julio de 2018

Impreso por: Editorial Bolívar Impresores S.A.S.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

OLIVIA VERA

(Colombia, 1988). Vive con sus dos perros y una gata siamesa en una casa a los pies de una montaña, donde asegura encontrar la verdadera libertad. Además de escribir, Olivia toca el bajo en algunas bandas de indie rock y cada tanto viaja de mochila al hombro. Ya ha recorrido cerca de 15 países, pero su favorito sigue siendo Colombia, que empezó a conocer mejor cuando quiso reescribir las leyendas populares. Vivió unos meses en Nueva York y allí tomó clases de Kung Fu con un discípulo de Bruce Lee. Algunos de sus autores favoritos son Marina Colasanti, A. A. Milne, Maurice Sendak, Miguel de Cervantes, Kurt Vonnegut, Květa Pacovská y Sara Fanelli.

Durante varios años se dedicó a escribir la saga de los espantos y la mantuvo inédita hasta ahora.

ÍNDICE

I. Los malvados mellizos Guerrero.....	11
II. La extraña aparición del espejo	15
III. Una prueba extrema.....	23
IV. El Coco	33
V. Un espanto en casa.....	43
VI. La invitación	57
VII. Una trampa	63
VIII. Un acto de justicia	67



|

LOS MALVADOS MELLIZOS GUERRERO

«Esto sería más fácil si supiera hacer ejercicio», pensó Nacho mientras intentaba ganar velocidad y así evadirlos. «O si al menos conociera el secreto para volverme invisible». «O si los superhéroes fueran de verdad y vinieran a sacarme volando de aquí», meditó otra vez, sin parar de correr.

Siempre era igual. Cada tarde, en el tercer recreo, al verlo salir de clase a almorzar, los mellizos Guerrero se iban detrás de él por todo el colegio hasta interceptarlo. Nunca lograba

escapárseles. Solo que en esta ocasión iba a ser el propio Nacho quien les facilitaría el trabajo al tropezarse, ahogado y sudando, contra las baldosas.

Entre carcajadas, los dos se le plantaron de frente mirándolo, mientras Nacho seguía tirado en el pasillo.

—Menos mal no regó la comida, Batracio, o lo hubiéramos tenido que castigar. Ahora cuéntenos qué nos trajo hoy de almuerzo —comenzó la Melliza.

Nacho se quedó mudo, adolorido, ahogado y temblando, mientras se sacudía la mugre del uniforme.

—Si no va a hablar no estorbe, cuatro ojos —amenazó de nuevo ella arrebatándole la lonchera de las manos. Luego le empañó los dos lentes con su aliento a cebolla.

La abrió. Sin prisa, entre ambos la registraron. Mordisquearon un durazno. Lo arrojaron lejos sin terminárselo y siguieron revolcándole la comida. Finalizada la inspección, se apoderaron de una barra de granola y del sándwich de queso derretido que le hizo Amatista.

A verlo tan asustado y con la rabia contenida, como si este asalto fuera culpa suya, el Mellizo agarró a Nacho del cuello de la camisa y lo levantó con una mano a veinte centímetros del suelo.

—Deje tanta chilladera y agradezca que no me gustan el mango ni el jugo —amenazó.

Cuando el Mellizo lo soltó, Nacho quiso alistarse para huir cuanto antes. Pero en lugar de devolverle la lonchera, sus verdugos decidieron ir más lejos, la lanzaron al suelo y la despedazaron a pisotones con todo lo que le quedaba adentro.

Nacho se sintió devastado. Su lonchera... esa misma de la que se sentía el más honrado dueño por tener al Hombre Araña impreso en ambas caras, reducida ahora a deshechos gracias a los caprichos de dos patanes. Pero no pudo hacer nada más que contemplar los despojos con angustia, preguntándose por qué la suerte lo había escogido precisamente a él como la víctima predilecta del par de hermanos más siniestros del colegio, quienes arrancaron enseguida a correr orgullosos, mientras recitaban en coro:

—Chao, «Ignacio... el Batracio que piensa despacio». ¡Hasta más tarde!».



LA EXTRAÑA APARICIÓN DEL ESPEJO

Los mellizos Guerrero se habían hecho famosos desde el kínder en toda la primaria Los Urapanes por lo gigantes y por lo descorazonados. A medida que crecieron llegaron a hacerse expertos también en atormentar al pobre Nacho con un amplio repertorio de torturas que variaban según lo crueles que amanecieran ese día.

Le escondían la maleta, las gafas, los libros y los cuadernos. Le lanzaban un promedio de diez calvazos sorpresa diarios. Le hacían estallar los tímpanos gritándole ‘cabeza de trapero’.

Le pegaban chicles al pelo. Le quitaban los juguetes. Curiosamente, siempre lograban hacerse los idiotas para que no fueran a pescarlos. Además, entre uno y otro martirio le advertían que si llegaba a denunciarlos, ellos mismos se encargarían con sus manos de cobrárselo. Y aparte de tenerlos como compañeros de clase, estaban situados un puesto detrás del de él en la ruta escolar.

—¿Qué le pasó a tu lonchera, Nacho? ¿Le cayó una bomba encima? ¿Estás bien? —le pregunto Amatista, su madre, preocupada al verlo llegar con cara tristonera.

El pobre tartamudeó ante una pregunta tan comprometedora:

—E.... E.... Es que...

—¿Es que qué, Nacho? Cuéntame tranquilo —le insistió con cariño.

Los dos comenzaron a caminar a la cocina para tomar el chocolate caliente que acababa de batir.

—Es que... —Ignacio trató de ganar unos segundos para encontrar algo qué inventarse, con la excusa de soplar la bebida—... al tercer recreo estaba jugando fútbol y me caí encima.

Amatista se quedó pensando, como si algo de la historia le resultara un poco extraño. Pero en unos segundos pareció olvidarse y concluyó al mismo tiempo que le acariciaba la cabeza

—¡No es nada grave, Nacho! No te preocupes. Después veremos cómo reponerla. Mientras tanto puedes usar la antigua. Más bien, ahora que hablamos de antigüedades... ¿Cómo estás durmiendo en tu nuevo cuarto? ¿Ya te estás sintiendo más cómodo? Muchos cambios son difíciles, pero uno con el tiempo se acostumbra

y acaba por darse cuenta de que ocurren por algo bueno.

Una vez más, Nacho no supo qué contestarle. La casona a donde acababan de mudarse era de dos pisos, estaba lejos y aunque limpia y grande se veía mucho más vieja de lo que él quería. Por su trabajo, Amatista necesitaba mucho espacio. El doctor Linares, padre de Nacho, era científico y también le hacía buena falta un sitio amplio dónde trabajar. Pero adentro olía a museo. Una enredadera gigantesca parecía tener la construcción agarrada desde afuera entre miles de tentáculos que se asomaban como pulpos amenazantes por la ventana de su cuarto. Los corredores y cuartos albergaban decenas de adornos, pinturas y muebles que sus habitantes de otras épocas dejaron ahí abandonados y que, por acuerdo con los arrendadores, tenían que seguir ahí. En su habitación, por ejemplo, le

había tocado un viejo espejo. Y no había forma de sacarlo.

Ignacio trató de ocuparse el resto del día y olvidar sus angustias. Jugó con la consola, entró a internet, miró unas revistas de animales, se devoró las golosinas disponibles en la alacena y adelantó una tarea. Después, como a las ocho y media, dio las buenas noches a Amatista y al doctor Linares.

Apagó la lámpara. Volvió a inquietarse, como era usual, con los reflejos que la enredadera dibujaba sobre el viejo espejo que tenía enfrente. Habría preferido hacer como si no estuviera ahí, darse una vuelta y seguir ajeno a esos vaivenes, pero no podía evitar devolverse una y otra vez a mirarlo, solo para asustarse más. Al final, el sueño superó al miedo y consiguió dormirse.

En la madrugada, un sonido lo despertó. Primero creyó que era un ratón o algún otro animal

travieso. A medida que el ruido aumentaba, la habitación se enfrió hasta quedar envuelta en una niebla verde y amarilla que no parecía de este mundo. El confundido Ignacio se enroscó lo más que pudo dentro de las cobijas. Quiso gritar. Pero la lengua parecía habersele atascado en la garganta.

El reflejo de una criatura para él desconocida y monstruosa apareció sobre la superficie del espejo. Nacho se aterró. Aunque la poca luz no permitía detallarla, se trataba del ser más extraño que hubiera visto jamás. Era enorme. Tenía su cuerpo todo recubierto de algo que parecían escamas o plumas. De la espalda le colgaba una especie de canasto. Sus globos oculares emanaban un par de rayos rojos y penetrantes que le hicieron dudar de si esto sería acaso una pesadilla o una verdad. Pensó si quizás estaría siendo testigo de un encuentro alienígena y se asustó al contemplar la posibilidad de que



vinieran algunos extraterrestres de Saturno a arrebatarlo.

Cuando Ignacio ya sentía el corazón a segundos de estallársele, la voz de Amatista le anunció que era hora de bañarse, disfrutar del cereal con frutas que el doctor Linares le acababa de preparar para el desayuno y luego salir con prisa al colegio. Nacho abrió los ojos, aturdido y vio que todo en su cuarto estaba normal. Quizás esta vez había sido solo una pesadilla. Lo que no sabía era que el destino le tenía preparada otra igual de realista y aún más angustiante.



UNA PRUEBA EXTREMA

—Le advierto que esta pregunta va a sonarles muy rara —dijo Nacho a sus padres mientras desayunaban—, pero... ¿están seguros de que los monstruos no existen?

—En el mundo de la realidad, no —contestó el doctor Linares—. En la ficción sí. Aunque, si lo pensamos bien, entre los humanos hay gente que se comporta como monstruos. Tal vez los que deberían preocuparte son ellos. Pero monstruos, lo que se dice monstruos, a lo Frankenstein, a lo Hotel Transilvania o a lo Monsters Inc... no.

—¿Y casas encantadas en las que uno ve cosas raras? —insistió Nacho.

—Las visiones están en la imaginación de la gente inteligentísima y creativa como tú, Nacho —le aclaró Amatista con voz muy dulce.

—No sé. ¡Anoche me pareció ver un monstruo reflejado en el espejo ese que hay en mi cuarto! Por culpa de eso no pude casi dormir.

El doctor Linares, que era científico y por lo tanto no creía en nada que no pudiera ser probado, agregó:

—Seguramente sigues impresionado por la casa. Todavía no te acostumbras y crees oír y ver cosas que no son. No te preocupes: es normal. Ya se te pasará.

No muy convencido, Nacho partió de prisa a tomar el bus, con los Mellizos a bordo. Las dos primeras horas de clase era de educación física

con el profesor Pelado. Después de cambiarse el uniforme de diario, dejarlo en el *vestier* y ponerse el de gimnasia, Ignacio salió acobardado para soportar su tortura semanal.

Según contaban los chismes, Pelado soñó toda su vida con ser militar, pero un problema médico había terminado por impedirselo. Después de organizar a todos los presentes en hileras perfectas según estaturas y sexo, el profesor sopló con fuerza aquel silbato que siempre llevaba colgado al cuello para producir un estruendo agudo que dejó sordos a los presentes. Luego les explicó con alaridos de sargento:

—Bueno, señores y señoritas... No sé si ya se les olvidó, pero la excursión está programada para dentro de unas semanas y va a ser durísima. Vamos a escalar montañas, a atravesar ríos, a aguantar frío y a hacer otras cosas que exigen un estado físico óptimo. Tienen que